

Laura Barnett

Versiones de nosotros

Traducido del inglés por M.^a del Puerto Barruetabeña Díez

Alianza Editorial

Título original: *The Versions of Us*

Publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2015 por Weidenfeld & Nicolson, un sello editorial de The Orion Publishing Group Ltd., Londres.

El fragmento de *Cuatro cuartetos*, de T. S. Eliot se cita aquí con permiso de Faber and Faber Ltd., lo que la autora quiere agradecer especialmente.

© El fragmento de *El matrimonio amateur* se reproduce con permiso de HSG Agency en calidad de agentes del autor. Copyright © 2004 de Anne Tyler Modaresi.

El fragmento de la canción *This is Us* se reproduce con el permiso de Mark Knopfler.

Hearts and Bones. Letra y música de Paul Simon. Copyright © 1983 Paul Simon (BMI). Todos los derechos reservados.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con alguna persona real, viva o muerta, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Laura Barnett, 2015

El derecho de Laura Barnett a ser identificada como la autora de esta obra ha sido confirmado por ella de acuerdo con la ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.

© de la traducción: M.^a del Puerto Barrieta Diez, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-352-2

Depósito legal: M. 3.310-2016

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para mi madre, Jan Bild, que ha vivido muchas vidas;
y para mi padrino, Bob Williamson, al que todos
echamos mucho de menos.*

«A veces imaginaba que al final de su vida le mostrarían una película casera con todos los caminos que no había tomado y adónde le habrían llevado».

El matrimonio amateur

ANNE TYLER

«Tú y yo haciendo historia.
Esto somos nosotros».

MARK KNOPFLER
y EMMYLOU HARRIS

ASÍ ES COMO EMPIEZA.

Una mujer en el andén de una estación, con una maleta en la mano derecha y en la izquierda un pañuelo amarillo con el que se seca la cara. La piel azulada alrededor de sus ojos está húmeda y el humo del carbón se le queda pegado en la garganta.

No hay nadie para despedirla (se lo ha prohibido, aunque su madre lloró, como está haciendo ella ahora), pero se pone de puntillas para mirar por encima de las personas con sombreros y pieles de zorro que están allí arremolinadas. Tal vez Anton, cansado de las lágrimas de su madre, ha cedido y la ha bajado por los largos tramos de escaleras en su silla de ruedas «Bath» con mitones en las manos. Pero allí no está Anton, ni su madre. La estación está llena de extraños.

Miriam sube al tren y se queda de pie en la penumbra del pasillo, parpadeando. Un hombre con un bigote negro y una funda de violín la mira a la cara y después a la protuberancia de su tripa.

—¿Dónde está su marido? —pregunta.

—En Inglaterra.

El hombre la mira de arriba abajo con la cabeza ladeada, como la de un pájaro. Después se agacha y le coge la maleta con la mano libre. Ella abre la boca para protestar, pero él ya ha echado a andar.

—Hay un asiento libre en mi compartimento.

Hablan durante todo el viaje hacia el oeste. Él le ofrece arenque y encurtidos de una bolsa de papel mojada y Miriam los acepta, aunque odia los arenques, porque no ha pasado ni un día desde la última vez que los comió. En ningún momento llega a decir en voz alta que no hay ningún marido en Inglaterra, pero él lo sabe. Cuando el tren se estremece hasta detenerse en la frontera y los guardias les ordenan a todos los pasajeros que bajen, Jakob la mantiene cerca de él mientras esperan de pie, temblando, la nieve fundida ablandando las suelas sueltas de los zapatos de ella.

—¿Su esposa? —le pregunta el guardia a Jakob cuando extiende la mano para cogerle los papeles a la mujer.

Jakob asiente. Y seis meses después, en un día claro y despejado en Margate, con el bebé durmiendo en los brazos mullidos siendo la mujer del rabino, es en eso justo en lo que se convierte Miriam.

* * *

TAMBIÉN EMPIEZA AQUÍ.

Otra mujer está en su jardín, entre las rosas, frotándose la parte baja de la espalda. Lleva una larga bata de pintor azul, que es de su marido. Él está pintando ahora, dentro, mientras ella se coloca la otra mano sobre la tripa protuberante.

Ha notado un movimiento, una agitación, pero ya ha pasado. Hay un cesto, medio lleno de flores recién cortadas, en el suelo junto a sus pies. Respira hondo, inspirando el fresco olor ácido, parecido al de las manzanas, de la hierba segada; ha cortado el césped antes, aprovechando el fresco de la mañana, con las tijeras de podar. Tiene que encontrar cosas en las que ocuparse: le horroriza estar sin hacer nada y dejar que el vacío la envuelva como una sábana. Es tan agradable, tan reconfortante. Tiene miedo de quedarse dormida bajo esa sábana, y el bebé con ella.

Vivian se agacha para recoger la cesta. Cuando lo hace, siente que algo se rasga. Se tambalea y grita. Lewis no la oye: escucha música mien-

tras trabaja. Chopin sobre todo, Wagner a veces, cuando sus colores se vuelven más oscuros. Ella cae al suelo, la cesta se vuelca a su lado y las rosas se esparcen sobre las losas, rojas y rosas, con los pétalos aplastados y marchitándose ya, despidiendo su empalagoso perfume. El dolor vuelve y Vivian da un respingo; entonces recuerda a su vecina, la señora Dawes, y grita su nombre.

Un momento después la señora Dawes le agarra los hombros a Vivian con sus manos, la levanta y la lleva a un banco junto a la puerta, a la sombra. Envía al chico de los recados de la tienda, que está plantado junto a la puerta del jardín con la boca abierta, rápidamente a buscar al médico mientras ella sube corriendo para buscar al señor Taylor (un hombrecillo muy peculiar con su panza y su nariz respingona de gnomo, nada que ver con la apariencia que ella diría que tendría un artista. Pero a él esas cosas le dan cierto encanto. Es adorable).

Vivian no es consciente de nada aparte de las oleadas de dolor, la repentina frescura de las sábanas de la cama contra su piel, la elasticidad de los minutos y las horas, que se alargan más allá de cualquier límite, hasta que el médico dice: «Su hijo. Aquí está su hijo». Entonces ella baja la vista, lo ve y lo reconoce, allí mirándola con los ojos casi cerrados, esos ojos sabios como los de un viejo.

PRIMERA PARTE



VERSIÓN UNO

Pinchazo
Cambridge, octubre de 1958

MÁS ADELANTE EVA PENSARÁ: «Si no hubiera sido por aquel clavo oxidado, Jim y yo nunca nos habríamos conocido».

La idea penetrará en su mente, totalmente formada, con una fuerza que la dejará sin aliento. Se quedará tumbada muy quieta, mirando la luz colarse desde detrás de las cortinas, pensando en el ángulo preciso de la rueda sobre la hierba llena de surcos; el clavo, viejo y doblado; el perrito, con el hocico hundido en la hierba, que no oye el ruido de los engranajes y las ruedas. Tuvo que girar bruscamente para no atropellarlo y la rueda acabó pasando sobre el clavo oxidado. Qué fácil habría sido (de hecho era incluso más *probable*) que nada de eso hubiera pasado.

Pero eso será después, cuando su vida antes de Jim le parecerá algo envuelto en silencio, falto de color, como si no hubiera llegado a ser una vida. Ahora, en el momento del impacto, solo oye que algo se rasga y después una pequeña fuga de aire.

—Maldita sea —dice Eva.

Pisa los pedales con más fuerza, pero la rueda delantera cabecea como un caballo nervioso. Frena, se baja y se arrodilla para hacer un diagnóstico. El perrito se queda por allí rondando con cara de contricción, ladra como si quisiera disculparse y sale corriendo detrás de su dueño, que para ese momento ya se ha adelantado bastante y no es más que una figura que se aleja con una gabardina beis.

Ahí está el clavo, incrustado por encima de un agujero irregular de unos tres centímetros como mínimo. Eva aprieta los bordes del agujero y el aire sale con un silbido ronco. La rueda ya está casi desinflada: tendrá que ir andando con la bicicleta de vuelta a la residencia y ya llega tarde a presentar un trabajo. El profesor Farley asumirá que no ha hecho su trabajo sobre *Cuatro cuartetos*, cuando la verdad es que ha estado trabajando en él dos noches enteras; ahora lo lleva en la cartera, bien mecanografiado, y ocupa cinco páginas, notas aparte. Se siente bastante orgullosa de él y estaba deseando leerlo en voz alta y ver al viejo Farley por el rabillo del ojo inclinarse hacia delante uniendo las cejas como suele hacer cuando algo le interesa.

—*Scheiße* —exclama Eva; en una situación de esa gravedad, parece que solo sirve el alemán.

—Oiga, ¿está usted bien?

Sigue arrodillada con la bicicleta apoyada pesadamente contra su costado. Examina el clavo y se pregunta si sacarlo servirá de algo o será peor. No levanta la vista.

—Sí, bien, gracias. Es solo un pinchazo.

El transeúnte, sea quien sea, se queda callado. Ella asume que habrá seguido su camino, pero entonces su sombra, la silueta de un hombre sin sombrero que busca algo en el bolsillo de la chaqueta, empieza a acercarse a ella por la hierba.

—Deje que la ayude. Llevo un kit.

Ahora sí levanta la vista. El sol ya se está escondiendo tras una hilera de árboles (solo llevan unas semanas del trimestre de otoño y ya se están acortando los días) y la luz llega desde detrás de él, de forma que su cara queda a contraluz. Su sombra, ahora pegada a unos pies que llevan zapatos de cuero marrón con rozaduras, parece exageradamente alta, aunque el hombre debe de tener estatura media. El pelo, marrón claro, necesita un buen corte; en la mano libre, un libro de bolsillo de la editorial Penguin. Eva logra con dificultad descifrar el título del lomo, *Un mundo feliz*, y recuerda, de repente, una tarde (un domingo de invierno, su madre ha-

ciendo *Vanillekipferl* en la cocina, la música del violín de su padre saliendo de la sala de música) en la que se perdió por completo en la extraña y aterradora visión del futuro de Huxley.

Apoya la bicicleta con cuidado en el suelo a su lado y se pone de pie.

—Es muy amable, pero me temo que no tengo ni idea de cómo usarlo. El hijo del portero es quien me arregla estas cosas siempre.

—Claro. —Su tono es cordial, pero frunce el ceño y se pone a buscar en el otro bolsillo—. De todas formas, creo que me he precipitado al ofrecérselo, porque no lo encuentro por ninguna parte. No sé dónde lo he puesto. Lo siento. Suelo llevarlo encima.

—¿También cuando no va en bicicleta?

—Sí. —Es más un chico que un hombre: más o menos de su edad y estudiante porque lleva una bufanda universitaria (con rayas negras y amarillas como una abeja) alrededor del cuello. Los chicos de la ciudad no hablan como él y no llevan ejemplares de *Un mundo feliz* bajo el brazo—. Hay que estar preparado, ya sabe. Y normalmente sí lo hago. Ir en bicicleta, quiero decir.

Sonríe y Eva nota que sus ojos son de un azul muy oscuro, casi violeta, y que los rodean unas pestañas muy largas, más incluso que las suyas. En una mujer, el efecto sería precioso. En un hombre resulta perturbador; le cuesta mirarle a los ojos, de hecho.

—¿Es usted alemana?

—No —contesta con demasiada brusquedad, y él aparta la mirada, avergonzado.

—Oh, perdón. Es que la he oído decir *Scheiße*.

—¿Habla alemán?

—La verdad es que no. Pero sé decir «mierda» en diez idiomas.

Eva ríe; no debería haberle contestado así.

—Mis padres son austriacos.

—*Ach so*.

—¡Pero sí que habla alemán!

—*Nein, mein Liebling*. Solo un poco.

Sus miradas se encuentran y a Eva le asalta la curiosa sensación de que se han visto antes, aunque no recuerda su nombre.

—¿Estudia Filología? ¿Quién le ha mandado leer a Huxley? Creía que en el plan de estudios no había nada más moderno que *Tom Jones*.

Él mira el libro que lleva en la mano y niega con la cabeza.

—Oh, no, a Huxley lo leo por diversión. Estudio Derecho. Pero nos *permiten* leer novelas, ¿sabe?

Ella sonríe.

—Claro.

Entonces no ha podido verlo por la facultad de Filología; tal vez les habrán presentado en alguna fiesta. David conoce a mucha gente... ¿Cómo se llamaba ese amigo suyo con el que bailó Penélope en el baile de mayo del Caius College, antes de que empezara a salir con Gerald? Tenía unos bonitos ojos azules, pero no eran como estos.

—La verdad es que me suena usted de algo. ¿Nos hemos visto en alguna parte?

El hombre vuelve a mirarla con la cabeza ladeada. Es pálido, de una apariencia muy inglesa, con unas cuantas pecas esparcidas por la nariz. Está segura de que crecen y proliferan en cuanto las toca el más mínimo rayo de sol y que él las odia y siempre está maldiciendo su frágil piel nórdica.

—No sé —dice él por fin—. A mí también me parece que nos conocemos, pero estoy seguro de que no recuerdo su nombre.

—Me llamo Eva. Edelstein.

—Bueno —contesta, sonriendo de nuevo—, seguro que me acordaría de ese nombre. Yo soy Jim Taylor. Segundo curso, Clare College. ¿Usted está en el Newnham?

Asiente.

—Segundo también. Y estoy a punto de tener un problema serio por perderme la presentación de un trabajo solo porque algún idiota ha dejado un clavo tirado por ahí.

—Yo también tendría que estar en una presentación. Pero, sinceramente, estaba pensando en no ir.

Eva le mira valorativamente; no tiene tiempo para esos estudiantes (hombres en su mayoría, y además de los que han recibido la educación más cara) que lo único que demuestran por sus estudios es un perezoso y ufano desdén. Pero él no parece uno de ellos.

—¿Y eso es algo que suele hacer a menudo?

Se encoge de hombros.

—La verdad es que no. Es que no me encontraba muy bien. Pero de repente me siento mucho mejor.

Se quedan callados un momento, los dos pensando que deberían irse, pero ambos con pocas ganas de hacerlo. Por el camino pasa con prisa una chica con un abrigo grueso de lana azul marino y les mira un momento. Entonces reconoce a Eva y vuelve a mirar. Es esa chica, Girton College, la que hacía de Emilia en la obra del teatro en la que David hizo de Yago. Le tenía echado el ojo a David; era obvio para cualquiera. Pero Eva no quería pensar en David justo ahora.

—Bueno —interviene Eva—, supongo que será mejor que me ponga en camino. Voy a ver si el hijo del portero me puede arreglar la bicicleta.

—O podría dejar que se la arreglara yo. Estamos mucho más cerca del Clare que del Newnham. Encontraré el kit, le arreglaré el pinchazo y después me puede dejar que la invite a algo.

Le mira a la cara y Eva comprende, con una seguridad que no podría explicar aunque quisiera (ni siquiera quiere intentarlo), que ese es el momento: el momento tras el que nada volverá a ser lo mismo. Podría decirle que no (seguramente *debería*), darse la vuelta y llevar su bicicleta andando por las calles que se van oscureciendo hasta cruzar las verjas de su residencia, dejar que el hijo del portero acuda en su ayuda, poniéndose colorado, y después darle una propina de cuatro chelines. Pero no es eso lo que hace. En vez de eso gira la bicicleta en la dirección opuesta y se va caminando junto al chico, el tal Jim, sus sombras gemelas pegadas a sus talones, fundiéndose y solapándose sobre la hierba crecida.

VERSIÓN DOS

Pierrot
Cambridge, octubre de 1958

EN EL CAMERINO le dice a David:

—Casi atropello a un perro con la bici.

David la mira por el espejo un poco bizco; se está aplicando una gruesa capa de base de maquillaje blanca en la cara.

—¿Cuándo?

—Cuando iba de camino a ver a Farley.

Qué raro que se hubiera acordado ahora. Había sido un susto: el perrito blanco al final del camino no se apartó cuando se acercó con la bicicleta, sino que fue hacia ella moviendo el muñón de su cola. Ella se preparó para esquivarlo, pero en el último momento, cuando la rueda delantera estaba a solo centímetros, el perro de repente se echó a un lado con un ladrido asustado.

Eva se detuvo, sobresaltada, y en ese momento alguien le gritó: «¡Oiga, mire por dónde va!». Ella se giró y vio a un hombre con una gabardina beis a unos metros, mirándola mal.

—Lo siento —dijo, aunque lo que le gustaría haber dicho era: «¡Y usted debería llevar a su perro con correa!».

—¿Está usted bien?

Otro hombre se le acercó desde la dirección opuesta: un chico, en realidad, de su edad, con una bufanda con los colores de un college rodeándole el cuello encima de su chaqueta de *tweed*.

—Muy bien, gracias —le dijo con tono remilgado.

Sus miradas se cruzaron brevemente mientras ella volvía a montarse en la bicicleta (los ojos de él eran de un azul oscuro muy singular, rodeados de largas pestañas casi femeninas) y durante un segundo estuvo segura de que lo conocía, tan segura que llegó a abrir la boca para saludarle. Pero igual de rápido le asaltaron las dudas, así que decidió no decir nada y se puso a pedalear. En cuanto llegó al despacho del profesor Farley y se puso a hacer la presentación de su trabajo sobre *Cuatro cuartetos*, todo el incidente desapareció de su mente.

—Oh, Eva —dice David ahora—. Siempre te ves envuelta en las situaciones más absurdas.

—¿Ah, sí? —Frunce el ceño y se fija en la distancia que hay entre la versión que él ve de ella (desorganizada y atractivamente atolondrada) y la que ve ella de sí misma—. No fue culpa mía. Ese perro tonto vino corriendo hacia mí.

Pero él ya no la está escuchando: está centrado en su reflejo mientras se extiende el maquillaje por el cuello. El efecto recuerda a un payaso, pero también es melancólico, como uno de esos Pierrot franceses.

—Aquí —señala— te has dejado un trozo.

Se acerca y le frota la barbilla con la mano.

—No —exclama, y ella aparta la mano.

—Katz. —Gerald Smith está en la puerta, vestido, como David, con una larga túnica blanca y la cara cubierta de blanco de forma poco uniforme—. Calentamiento de los actores. Oh, hola, Eva. Vas a ir con Penélope, ¿no? Está esperando al otro lado, por delante.

Ella asiente. Y a David le dice:

—Te veo luego entonces. Mucha mierda.

Él le agarra el brazo cuando ella se gira para irse y tira de ella para acercarla.

—Perdona —susurra—. Son los nervios.

—Lo sé. No te pongas nervioso. Vas a estar fantástico.

Está realmente fantástico, como siempre, piensa Eva con alivio media hora después. Está sentada en la platea, cogiéndole la mano a su amiga Penélope. Durante las primeras escenas están tensas, apenas pueden mirar al escenario: miran a la audiencia, evaluando sus reacciones, repitiendo las líneas que ellos han ensayado tantas veces.

David, que es Edipo, tiene un monólogo largo de unos quince minutos que le ha llevado muchísimo tiempo aprenderse. Anoche, tras el ensayo de vestuario, Eva se sentó con él hasta medianoche en el camerino vacío, repasándolo juntos una y otra vez, aunque ella tenía el trabajo a medio hacer y luego tuvo que quedarse despierta toda la noche para acabarlo. Ahora casi no se atreve a escuchar, pero la voz de David suena clara y firme, sin vacilaciones. Ve que dos hombres que están en la fila de delante se inclinan, embelesados.

Después todos se reúnen en el bar y beben vino blanco. Eva y Penélope (alta, labios escarlata, con curvas; las primeras palabras que le dijo a Eva, susurradas por encima de la pulida mesa de la cena de bienvenida, fueron: «Yo no sé tú, pero yo *mataría* por un cigarrillo») están junto a Susan Fletcher, a la que el director, Harry Janus, acaba de dejar por una actriz más mayor a la que conoció en un espectáculo en Londres.

—Tiene *veinticinco* —está diciendo Susan. Se la ve crispada y un poco llorosa, mirando a Harry con los ojos entornados—. He buscado su foto en *Spotlight*... Tienen un ejemplar en la biblioteca, ¿sabes? Es *guapísima*. ¿Cómo voy a competir con ella?

Eva y Penélope intercambian una mirada discreta; su lealtad tiene que permanecer, por supuesto, con Susan, pero no pueden evitar pensar que ella es ese tipo de chica a la que le encantan los dramas.

—No intentes competir —aconseja Eva—. Retírate del juego. Encuentra a otra persona.

Susan la mira parpadeando.

—Para ti es fácil decirlo. David está loco por ti.

Eva sigue la mirada de Susan hasta el otro lado de la habitación, donde David está hablando con un hombre mayor con chaleco y som-

brero (seguro que no es estudiante y no tiene el aire anticuado de los profesores universitarios: tal vez un agente de Londres). Mira a David como un hombre que esperaba encontrarse un penique y se ha topado con un billete de una libra nuevecito. ¿Y por qué no? David vuelve a llevar ropa de calle, con el cuello de su chaqueta deportiva colocado de aquella manera y la cara limpia: alto, brillante, magnífico.

Durante todo su primer año Eva había oído el nombre de «David Katz» ir de boca en boca por los pasillos y las salas comunes del Newnham, normalmente pronunciado en susurros emocionados. «Está en el King's College, ¿sabes? Es la viva imagen de Rock Hudson. Se ha llevado a Helen Johnson a tomar un cóctel». Cuando por fin se conocieron (Eva era Hermia y él Lisandro en un temprano escaqueo de ella con los escenarios, que confirmó sus sospechas de que nunca llegaría a ser actriz), se dio cuenta de que la observaba esperando los rubores y la risa coqueta a los que estaba acostumbrado. Pero a ella no le provocaba risitas; le pareció un presumido demasiado pagado de sí mismo. Aunque David no pareció notarlo; en el *pub* Eagle, tras la lectura del guion, le preguntó por su familia y su vida con un grado de interés que ella empezó a pensar que era auténtico.

—¿Quieres ser escritora? —preguntó—. ¡Qué maravilla!

Citó escenas completas del programa cómico *Hancock's Half Hour* con una precisión asombrosa hasta que Eva no pudo evitar echarse a reír. Unos días después, tras los ensayos, sugirió que podía llevarla a tomar algo, si ella quería, y Eva, con una repentina oleada de entusiasmo, aceptó.

Eso fue seis meses atrás, en el trimestre de Pascua. Ella no estaba convencida de que la relación llegara a sobrevivir al verano: el mes que iba a pasar David con su familia en Los Ángeles (su padre era estadounidense y tenía no sé qué conexión glamurosa con Hollywood) y los quince días que Eva pasó excavando en un yacimiento arqueológico cerca de Harrogate (mortalmente aburridos, pero había tenido tiempo de escribir en los largos lapsos entre la cena y la hora de irse a dormir). Pero él la